

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

EL
IMPERIO

CONTRA
DIOS

Fecha aparición: enero 2008

Ejemplar Gratuito, prohibida su venta

 es un sello editorial de Equipo Sirius

© 2008 EQUIPO SIRIUS

© 2008 Andrés Díaz Sánchez

Depósito legal:

Imprime:

Impreso en España / Printed in Spain

Equipo Sirius, S.A.

Correo-e: pedidos@equiposirius.com

www.equiposirius.com





Capítulo 30

La flota combinada de los dauares rebeldes y la Liga de Ur salió poco a poco de la masa de rocas que era Xórax. Los casi cuatro millones de grandes naves emergían al espacio libre, sus toberas soltaban chorros de vapor concentrado que lanzaban a sus dueñas hacia la oscuridad ilimitada. Las divisiones interminables, líneas de monstruos de metal que dibujaban redes intrincadas, avanzaban como puntitos luminosos bajo los últimos asteroides, en la periferia de Xórax.

Sin dejar de alejarse de las rocas, la flota comenzó a dividirse en tres partes, los tres Cuerpos de Ejército que la componían.

Cada uno de los tres Cuerpos de Ejército iba separando cada vez más su trayectoria de las otras dos. Sus destinos eran, respectivamente, Marno, Éreban y Caremún, los principales centros de abastecimiento de armas y naves del Enjambre. El Primer Cuerpo de Ejército estaba compuesto de un millón y medio de naves, el segundo contaba con un millón cuatrocientas mil y el tercero de un millón cien mil. Esta desigualdad se debía al número de objetivos que tenían que destruir en cada mundo y la estimación de la defensa que el Enjambre llevaría a cabo sobre cada uno de ellos.

Aquella expedición era el primer movimiento importante en la lucha contra el Enjambre después de la rendición del emperador. Había habido guerras intestinas y rebeliones aquí y allá, pero nunca se concentró una flota tan grande y tan organizada, sobre objetivos tan concretos. Gaxal y la Liga se disponían a ejecutar un ataque por sorpresa a los centros industriales armamentísticos del Sistema. Pretendían barrer sus puntos neurálgicos, que abarcaban países enteros, destruirlos de manera fulminante, de tal modo que el Enjambre se encontrara durante seabucranes sin capacidad de regeneración.

Aquél era un ataque por sorpresa. Cuando cada Cuerpo de Ejército alcanzara la suficiente distancia de Xórax, sus naves acelerarían a velocidades hiperlumínicas y aparecerían, en menos de un ulme, ante los planetas que iban a devastar. Esto provocaría de inmediato una respuesta del Dur, que enviaría sus propios ejércitos para defender las joyas industriales de su corona. Cada Cuerpo de Ejército, entonces, se dividiría en dos partes. Una, formada por destructores acompañados de cruceros y nubes de cazas, bajaría hasta el interior del planeta y atacaría los corazones de cada entramado industrial, los silos de armas y los hangares. Mientras esto sucedía, la segunda mitad del Cuerpo de Ejército permanecería en el exterior, conteniendo a los cientos de miles de naves que el Enjambre sin duda iba a enviar para impedir la desaparición de sus industrias bélicas. Esta segunda mitad formaría lo que se había dado en llamar «Cinturón Exterior». Estaría compuesto por las naves pesadas: portacazas y aniquiladores, acompañados de sus propios monoplazas y cruceros. Su misión era contener a los enemigos, impidiéndoles bajar hasta el planeta, donde los destructores dauares y de la Liga ya estarían barriendo la superficie. Las avanzadillas del Cinturón Exterior, además, deberían invalidar los múltiples puertos espaciales de cada planeta y sus pequeñas flotas defensivas.

Cuando los núcleos industriales planetarios hubieran sido arrasados por completo, los tres Cuerpos de Ejército huirían, salvándose como pudieran, abriéndose paso hasta el espacio exterior. Allí, acelerarían hasta alcanzar una velocidad superior a la de la luz para desaparecer del campo de batalla.

Si la operación tenía éxito, supondría un duro golpe para el Enjambre, que perdería la ventaja de su superproducción bélica. Además, sería un acto de presentación fastuoso de los enemigos del Dur. El general Gaxal había grabado un mensaje en el cual se proclamaba auténtico emperador del Sistema, echando por tierra la autoridad de Orón II y su Consejo en Crólac. Toda la oposición silenciosa e iracunda que el Dur se había ganado en sus últimos seabucranes de gobierno despótico y arrogante tal vez se volcara sobre unos rebeldes enérgicos y decididos, capaces de cortar la producción de naves y armas del Enjambre y después huir, preparándose para el siguiente movimiento. Gaxal sospechaba que al menos la mitad de los dauares leales aún a Orón se unirían de manera incondicional a su causa, al ofrecérseles un nuevo mandatario para aquel Imperio caído en desgracia.

La Liga se encargaría de transmitir aquel ofrecimiento hasta el último rincón del Sistema. También promovería insurrecciones y medidas económicas destinadas a crear inestabilidad social y violencia en los mundos bajo la sombra del Dur. Los conglomerados industriales de Xoráx continuarían pariendo armas y naves sin descanso.

Tras el ataque a Marno, Éreban y Caremún no habría ya posibilidad de tregua: sería una guerra sin cuartel entre el Enjambre y sus nuevos opositores.

Sin embargo, por ahora ese ataque aún no se había producido. Las tres flotas continuaban alejándose unas de otras y a su vez todas ganaban distancia respecto a Xórax.

Llegado cierto momento, los motores de hiperaceleración entraron en funcionamiento. Toda aquella masa de metales y luces parpadeó durante una milésima de ulme y desapareció.

El Tercer Cuerpo de Ejército, un millón cien mil naves de gran tamaño con su dotación de cazas y cruceros, apareció en otro punto lejano del Sistema, a diez mil sanasubas de distancia de Caremún.

Aquel planeta parecía una bola azulada y gris, flotando en la negrura infinita. Casi todo el orbe quedaba envuelto por una capa gaseosa que impedía ver la tierra y los mares. Esta cubierta formaba un entramado de líneas paralelas, que separaban las zonas de mayor nubosidad de las más tenues. En aquel tapiz oscuro y sucio se descubrían unos pocos huecos de miles de sanasubas de ancho, claros en tono rojizo a causa de los continentes-fábrica, países de metal que cubrían casi toda la superficie interior.

Caremún era un planeta de tamaño medio. Sus yacimientos bajo la corteza superficial y los océanos de metales en estado líquido lo convertían en una fruta codiciada, una colosal fuente de materias primas. Debido a su importancia como centro de producción había veinte grandes puertos espaciales rodeándolo.

Esos veinte puertos serían el primer objetivo de los atacantes.

La estrategia de Gaxal y la Liga había sido trazada hasta el último detalle. En cuanto las naves aparecieron frente al planeta gris, comenzaron a agruparse y moverse de manera rápida y ordenada. Miles de aniquiladores se desplazaban en una trayectoria que pretendía establecer una red de puntos estratégicos alrededor del planeta. Los portacazas también se

acercaban a Caremún. Abrían sus compuertas de las panzas y los costados y por allí emergía una nube de incontables criaturas diminutas y brillantes: batallones de cazas, a su vez divididos en escuadrillas, cada una con un objetivo ya concreto. Por entre ellos se desplazaban los cruceros, más grandes que los cazas y aún así cachorros a la sombra de los enormes portacazas y los titánicos aniquiladores. Los cañones alargaban sus ojos en los cascos, como antenas surgiendo de un caparazón.

Los aniquiladores ya apuntaban sus armas hacia los diferentes puertos espaciales. Sus receptores atrapaban incontables mensajes de terror y sorpresa que volaban desde los puertos y cruzaban todo el Sistema Uramio gracias a la red de satélites de hiperondas. También había innumerables voces de alarma en la red planetaria caremúnea. En Marno y Éreban sucedía otro tanto: los planetas rodeados de pronto por aquellas armadas de tamaño fabuloso pedían ayuda a Soyabi.

El Dur saldría pronto de su sorpresa y no tardaría en enviar auxilio a sus centros de producción. Mandaría flotas de socorro, tan grandes como la invasora, o quizá más.

Eso lo sabían los seguidores de La Liga y de Gaxal, así que no perdieron tiempo.

En Caremún, el Tercer Cuerpo de Ejército lanzó un ultimátum a cada uno de los veinte puertos espaciales, exigiendo rendición incondicional. El mismo mensaje fue remitido a los centros de defensa en la superficie planetaria. La mayor parte de todos aquellos enclaves de poder caremúneos aún estaban sumidos en el estupor, pero empezaban a reaccionar. Como los atacantes esperaban, respondieron de manera negativa a sus exigencias, ordenando a su vez a los intrusos la retirada de las cercanías del orbe, su identificación y posterior entrega al ejército uracsano.

Los atacantes no repitieron el aviso. Sus aniquiladores ya habían apuntado los cañones de largo alcance y alta intensidad. En el silencio del espacio, aquellas cavernas metálicas de boca redonda vomitaron una luz roja y brillante, un grueso chorro de claridad sangrienta que recorrió miles de sanasubas de distancia. Cientos de rayos convergieron en cada uno de los puertos espaciales.

La mayoría aún no habían podido ni comenzar las tareas de evacuación, pero ya habían soltado sus nubes de sargores, los monoplazas asesinos del Enjambre. También salieron una gran cantidad de suacriles, las Madres de Guerra metálicas, el equivalente a los destructores del Imperio. Los rayos impactaron en las esferas que eran los puertos, casi

pequeños planetas artificiales en órbita. Los cascos curvos brillaron, se combaron hacia dentro y estallaron en llamaradas cegadoras que el vacío espacial engullía al instante. Rosas de fuego y hongos brillantes se extendían sobre la superficie esférica. No había atmósfera capaz de transmitir sonido alguno y la granizada sin fin de metralla se desparramaba en todas direcciones sin un solo susurro. Los lasers golosos e implacables ahondaban en sus objetivos. Traspasaban cientos de subas de grueso metal, lo deshacían y fundían y convertían en chatarra incandescente. Los atracaderos estallaron en un marasmo de fuego, las naves eran engullidas por las llamas, se convertían en una vorágine de cristales, plástico y acero derretidos. Los artilleros de los aniquiladores conocían su trabajo y dirigían los rayos hacia los puntos clave de los puertos: los generadores y los silos de material combustible que los alimentaban; todo ello reventó en pedazos, provocando reacciones en cadena que se transmitían a cada nivel, cada vasto pasillo atestado de naves.

En el interior de los puertos, las tripulaciones, contravinendo las órdenes oficiales del mando portuario, querían escapar, se soltaban de los amarres electromagnéticos y volaban a través de los corredores, buscando la salida a esta encerrona asesina. Pero las compuertas no se abrían y el atasco y la confusión provocaban múltiples accidentes, choques bestiales entre aparatos de tamaño considerable. Los titanes de metal rozaban contra unos muros cuyas luces se encendían y apagaban de manera intermitente. Las alas, antenas y panzas se encendían en nubes de chispas y fuego, se estrellaban contra el techo o el fondo de los atracaderos, se abrían contra las torres surcadas de amarres.

En las salas de mando, en los puentes, en los centros de recreo, en las pequeñas ciudades dentro de cada puerto espacial, una muchedumbre aterrorizada, la mayor parte de ellos uracsanos, huía y rezaba a su dios mientras el universo bajo sus pies no cesaba de vibrar. A veces aparecía una luz cegadora y rojiza que abría el suelo, que lo levantaba en olas de metal fundido, y todo se convertía en fuego y muerte cegadora.

Casi al mismo tiempo, diez puertos espaciales proclamaron la rendición incondicional. Su cuerpo esférico, hasta hacía tan poco immaculado, se abría en boquetes negruzcos y pavorosos en los que aún titilaban llamas que el vacío engullía. Por aquellos huecos se distinguía un entramado de ruinas carbonizadas, fundidas por el rayo. Las explosiones continuaban en el interior, pero la lluvia de láser fue remitiendo. Había

ya destructores cargados con hordas de infantería espacial, y escoltados por miles de cazas, que procederían a tomar cada puerto rendido.

Sin embargo, los otros diez puertos se negaron a claudicar. El láser continuó destrozándolos, devastándolos, aniquilándolos. Miles de seres inteligentes morían sin poder hacer nada por evitarlo y los generales de cada aniquilador hacían caso omiso de sus gritos, sus ruegos, sus imprecaciones, que les llegaban con una claridad aterradora a través de los comunicadores del puente de mando. No había tregua ni cuartel cuando peleaban los dauares contra los uracsanos adoradores de Asias Todopoderoso. El Imperio contra Dios.

Mientras los cañones escupían sus rayos sobre los puertos espaciales, una masa gigantesca de luces grandes y pequeñas destellaba contra la suciedad gris de Caremún. Era la flota de destructores, cazas y cruceros. Realizarían la labor clave de toda esta operación: la devastación, sobre la superficie planetaria, de sus centros de producción bélica.

Aunque los puertos espaciales estaban siendo tomados o desintegrados, quedaba el peligro de sus sargores y suacriles. Aquellas naves uracsanas, cuyas formas imitaban los insectos feroces de Soyabi, las monturas de los jinetes del Enjambre, se lanzaron con audacia suicida hacia el océano de naves enemigas que se acercaba al planeta. A menos de tres mil sanasubas del orbe comenzaron los primeros combates. Los escuadrones de monoplazas pertenecientes a la Liga, a los uracsanos y a los dauares, se confundieron en un laberinto de aparatos veloces que describían trayectorias vertiginosas, que se buscaban y rodeaban, arrojando sus lasers. Explosiones, naves atravesadas por los rayos, convulsionadas a medida que sus generadores estallaban y las arrojaban al vacío, girando sobre sí mismas. Metralla flotando en el espacio, chispas y llamas que se apagaban al instante, volutas de humo, de vapor helado transformado en líneas cristalinas que las pequeñas naves atravesaban.

También los destructores y los suacriles se enfrentaron, disparando sus cañones de mayor intensidad. Los cazas propios y ajenos se revolvían a su alrededor, tratando de horadarlos con sus picaduras sangrientas, haciendo volar riadas de metal arrancadas del casco.

Esas primeras batallas de naves duraron poco: la marea invasora arrolló a todos aquellos resistentes uracsanos, que aullaban oraciones a Asias, la Llama Sagrada, mientras hacían pedazos las torres y los cañones de los destructores de la Liga o de la raza dauar, mientras eran atravesados a su vez y convertidos en fuego y escoria humeante que se perdía en el

espacio, mientras se estrellaban en un último acto suicida, procurando matar al máximo número de enemigos antes de que el alma se separara del cuerpo y volara hacia el Paraíso de los Guerreros de Dios.

Los sargores y los suacriles acabaron convertidos en amasijos de chatarra ennegrecida y flotante, atraída por la fuerza gravitatoria caremúnea. La flota de destructores y cazas dispersó con sus rayos aquellos restos, los apartó con sus cascos como si fueran animalitos molestos e inofensivos. La marea invasora, las decenas de miles de naves dispuestas a arrasar países enteros de metal y plástico, empezaron a adentrarse en las capas más altas de la atmósfera caremúnea.

En el exterior, a miles de sanasubas de distancia, los aniquiladores seguían machacando los puertos espaciales insumisos. Se habían rendido cuatro más, vapuleados, ennegrecidos en casi la mitad de su superficie curva, rodeados por una nube de despojos calcinados. Hacia ellos se dirigían varias decenas de destructores cargados con batallones de infantería espacial. Cuando abordaran los puertos se encargarían de hacerse con el control de los puestos de mando principales. No resultaba improbable que ocurrieran luchas en los pasillos, las salas y las galerías; entonces, cientos de dauares y soldados de la Liga enfundados en sus armaduras deberían destrozarse las últimas resistencias, a golpe de láser.

Los cuatro últimos puertos que aún no habían dado su brazo a torcer continuaban experimentando la furia del láser. Sus baterías habían sido inutilizadas, casi toda su superficie se veía negra, resquebrajada, brillante por las explosiones internas. Varias decenas de naves habían logrado escapar. De ellas, no pocas sufrían el impacto de la metralla producto de los estallidos en el casco, cuando pedazos inmensos de metal incandescente giraban a velocidad vertiginosa y chocaban contra la panza o el lomo, abriéndolo, segándolo como el cuchillo a la carne tierna. Los lasers de alta intensidad penetraban aún más en la superficie esférica, el fulgor de las llamas brillaba en el fondo de aquellos pozos de muerte.

A menos de cincuenta mil sanasubas del planeta apareció una inmensa flota. Había surgido de la nada, traída por sus potentes motores de velocidad hiperlumínica.

Estaba compuesta por los aniquiladores y destructores del Enjambre, en los que se conjugaban curvas y filos, con la llama de Asias pintada en sus cascos y las oraciones de batalla adornando las alas y las toberas. Los suacriles y sus hijos sargores les acompañaban. Era la flota que venía en ayuda de Caremún. La temible armada del Enjambre. Millones de

naves en busca de un enemigo insolente al que aplastar de una vez por todas. No había entre ellas apenas naves de aquel imperio dauar que se había rendido a sus pies. Tal vez los uracsanos no confiaran en Orón y sus secuaces o quisieran retener sólo para ellos todo el gozo de la victoria sobre Gaxal y la Liga.

Hasta Marno y Éreban también se habían desplazado flotas similares, en las que el Dur había reunido, en un tiempo extraordinariamente corto, la mayor parte de su potencial inmenso.

Frente a Caremún, los aniquiladores de vanguardia del Enjambre comenzaron a disparar sin demora. Sus lasers alcanzaron a los homónimos del ejército enemigo, provocando la quema sobre cientos de subas de casco. Uno de aquellos monstruos, dorado de la Liga contra el negro del espacio, se abrió como el agua al ser golpeada por el puño. Las altas torres, las cúpulas del lomo, las alas, las agujas... todo ello devino una onda de fuego y despojos volantes, un estallido cegador compuesto a su vez por incontables explosiones menores.

Los dauares y los componentes de la Liga estaban preparados para esta eventualidad: ellos serían la barrera, el Cinturón Exterior. Tendrían que contener al Enjambre. Respondieron de inmediato al fuego y los gigantes insectos de metal perdieron cabezas y alas, sus ojos resultaron atravesados por lanzas de color escarlata, sus panzas fueron arrasadas en surcos incandescentes, que se abrieron aún más al estallar los generadores capaces de darles vida.

Una muchedumbre de destructores y cazas, de suacriles y sargores, partió de cada flota, dispuestos a devorar a los contrarios, a romper las líneas de decenas de miles de monoplazas y llegar hasta sus verdaderos objetivos: las grandes naves, los padres y las madres de esta lucha.



Capítulo 31

Ocram se encontraba dentro de la cabina de su monoplaza. Podía ver los diversos hologramas, esféricos o planos, repartidos por el pequeño compartimiento. Estaba tan habituado a ellos como a los dedos de sus propias manos. Ante él había un cristal curvo y transparente a través del cual se colaba la negrura del espacio. Más adelante quedaba la proa picuda, el ángulo más afilado del triángulo que era el caza dauar. Allí estaba pintado el ojo dauar, mediante el cual el espíritu de la nave reconocería al enemigo y le miraría de frente antes de hacerlo pedazos.

Después del pico de la proa, no había otra cosa que negrura.

Hoy, aquel vacío estaba salpicado de otras naves, de los monoplazas de diferentes escuadrillas, los integrantes del Batallón de Atred, en el cual Ocram militaba. Podía ver las popas de decenas y decenas de cazadores. Entre los dauares habían sido introducidos los monoplazas de la Liga. Siempre de color dorado, su proa era un óvalo que acogía la cabina y se insertaba a su vez en un cuerpo más grande, con una popa tubular y dos alas que surgían del cuerpo medio, dotadas de cañones láser. A pesar de guardar formas desiguales, las pequeñas naves de ambas potencias no se diferenciaban mucho en tamaño, velocidad y capacidad de maniobra. Además, se decía que los pilotos de la Liga eran tan buenos como los dauares. Hoy, tendrían ocasión de demostrarlo.

Miles de sanasubas al frente, Ocram sabía que estaban las naves enemigas. No podía verlas todavía, aunque sabía que se acercaban a gran velocidad.

Lo que sí notó fue la lluvia de lasers que se derramó sobre todo ellos. Ocram abrió el circuito de radio de su formación.

—Componentes de la Escuadrilla Cincuenta y Tres, a partir de ahora tendréis plena libertad de movimientos.

No podía ser de otro modo en el caos que se avecinaba, cuando las dos nubes de cazas se mezclaron y unieron en un marasmo de combates vertiginosos. Tratar de mantener la coordinación de todo el grupo sería casi imposible.

Ocram intentó relajar los músculos, aunque sin perder la concentración. Sabía que iba a envejecer baras en atulmes debido a la tensión de la batalla; era un hecho comprobado que los pilotos dauares perdían demasiada eficacia tras la primera bara y media de lucha. Por ello, transcurrido este tiempo –y si es que aún podían contarlos– volverían hacia sus portacazas para ser reemplazados por nuevas hordas de naves guerreras, frescas, que esperaban su oportunidad en las cercanías de los portacazas.

Ocram afiló sus pensamientos. Todavía quedaba mucho infierno que sufrir hasta que ese periodo de descanso llegara.

Por el rabillo del ojo vio una nave estallar en pedazos, atravesada por el láser. Viró y vislumbró múltiples jirones de brillo y metal en torno a él, entre líneas rojizas que se perdían en la negrura. Se encontraba en la zona media del batallón de cazas y cruceros. Ya las primeras líneas se desmarcaban y mezclaban con la vanguardia de sargores enemigos. Cientos y cientos de monoplazas luchaban, sumidos en un silencio absoluto.

Vio unos seis sargores que llegaban de frente, vomitando láser. A su vez él también abrió fuego y giró de manera brusca para esquivar los rayos, que pasaron a subas de su popa. Naves amigas y enemigas aparecieron y desaparecieron de su campo visual. La pupila se movía veloz, el instinto, el adiestramiento y la suerte le salvaban la vida ulme tras ulme. Sus rayos buscaron a un sargor que acababa de reventar un monoplaza de la Liga. Logró acertarle y deshacer su cabeza en un amasijo brillante. Pasó entre los despojos y descubrió, gracias a las holocámaras de la popa, un suacril enorme y tenebroso que lanzaba todos sus rayos en su búsqueda. Viró y dibujó una curva cerrada, esquivándolos, pero aún tuvo tiempo de ver a un caza dauar, a cientos de subas de distancia, acribillado por las descargas letales, convertido en una rosa de fuego durante un solo ulme. Ocram continuó girando, disparando en cuanto veía un enemigo y tratando de pasar entre las líneas de láser cruzadas. Ya tenía al suacril en su campo de visión, allí estaba la panza gigantesca, las alas que imitaban a las del insecto soyabio, los dos ojos con miles de facetas en la proa. Y las baterías articuladas que emergían por todo el casco, con los cañones escupiendo lanzas de sangre. Distinguió un monoplaza de la Liga que le acertó en

una de las múltiples alas, haciendo volar entre nubes de chispas paneles metálicos y cables. Las baterías se movieron en su búsqueda y dieron en el blanco, el caza pasó a ser un punto brillante y luego oscuridad. Ocram disparó hacia los ojos de la Madre de Guerra. Sus rayos impactaron en uno, atravesándolo entre llamaradas y fragmentos de vidrio, plástico y acero incandescentes. Sintiendo el helor de la muerte en la nuca, dibujó una trayectoria violenta, en zigzag, sin dejar de escupir rayos, mientras a su vez esquivaba los que le lanzaba la Madre de Guerra. Un crucero dauar concentró su fuego en el lomo de aquella máquina bestial y lo arrasó, levantando surtidores de metralla. La lluvia rojiza llegó hasta la popa e hizo estallar una de las toberas gigantes, convirtiéndola en una esfera cegadora que al ulme siguiente esparció por doquier pedazos de fuselaje. El crucero, a su vez, sufrió la venganza de dos sargores: lo atravesaron en las alas y la proa, volatilizándolo a cuantos se hallaban en el puente de mando.

Ocram continuó rodeando al suacril herido de muerte; el destructor del Enjambre mostraba un boquete pavoroso en la popa, una grieta negruzca que recorría el casco allá donde había estallado la tobera. La Madre de Guerra uracsana se vio de pronto atacada por una nube furiosa de cazas enemigos que deseaban rematarla. A su vez los sargores venían en su ayuda. El lugar quedó convertido en una locura de láseres, alas, trayectorias y explosiones. No obstante, la mayor parte de las baterías del suacril todavía funcionaban y aún eran capaces, incluso en los estertores, de derribar aparatos enemigos. Uno de ellos, tocado en un ala, maniobró para estrellarse contra el casco, cerca de la proa gigantesca, y así causar el mayor destrozo antes de morir. Se convirtió en otra esfera brillante y fugaz. La granizada de rayos continuó barriendo el lomo, los costados, la panza y las alas del destructor dur, abriendo cicatrices negras, arrancándole pedazos a su piel de metal.

Ocram acertó en una línea de cañones, haciéndolos volar entre chispazos, lanzándolos contra la oscuridad del cosmos. El casco ennegrecido, abierto en surcos que sangraban pedacitos de acero y cables retorcidos, pasaba veloz bajo él.

Apretó los dientes y disparó cuando tuvo en el punto de mira el otro gran ojo: se había propuesto dejar ciego al titán uracsano. Vio las líneas rojizas partir de su nave y confluir en la esfera de vidrio y metales, atravesarla y hacerla estallar. Acto seguido viró, alejándose de los rayos que intentaban atraparlo.

Al fin, un crucero de la Liga concentró sus rayos en la popa del suacril, atravesando otra gran tobera, arrasando el casco y fundiéndolo, hasta llegar a los motores de impulsión. La mitad trasera de la nave uracsana vomitó un brillo insoportable y su casco se abrió como una flor que buscara la luz de Uram. El aparato sufrió convulsiones, sacudido por las detonaciones internas. Todas sus luces se apagaron y las baterías dejaron de escupir láser. La Madre de Guerra del Dur había muerto, no era más que un cúmulo de chatarra inmensa y negruzca. La mitad posterior de su cuerpo se veía del todo irreconocible y sus tripas de metal flotaban en el vacío.

Los monoplazas y cruceros dauares y de la Liga abandonaron el cadáver, en busca de carne fresca. Les siguieron los sargores, siempre hambrientos de venganza.

Aquel combate había sido uno de entre los miles en aquella primera fase de la lucha.

Sin embargo, a medida que las naves de gran tamaño se acercaban, el combate se volvía aún más grandioso y horrendo. Los aniquiladores y portacazas de la Liga y dauares buscaban a sus homónimos uracsanos. Montañas y continentes de metal, escoltados por sus nubes de cazas, progresaban en el vacío ya cuajado de chatarra retorcida; unos restos que chocaban contra los cascos titánicos y se deshacían en pedazos más pequeños, apartados con desdén. Las naves de gran tamaño seguían acercándose unas a otras, preparándose para la auténtica batalla, cuando se mezclaran todas y ya no sólo los monoplazas y los cruceros fueran quienes mordieran en el ejército rival.

Los cañones de gran tamaño lanzaron sus rayos. A veces el láser se tragaba los cazas que encontraba en su trayectoria, sin detenerse, hasta impactar en el blanco. Las proas y los anchos lomos de los aniquiladores y portacazas se levantaron en surtidores de fuego azulado y amarillo, cientos de barras de metal saltaban al vacío, decenas de seres inteligentes morían en décimas de ulme. Las grandes torres, los castillos dotados de agujas y baterías de todos los tamaños eran atravesados y quedaban unidos sólo al cuerpo de la nave por jirones de metal. A pesar de tanto daño, de tanta destrucción, las grandes naves continuaban avanzando en busca de sus enemigos, flanqueadas por destructores que también abrían fuego, todo ello rodeado por las hordas incontables de cazas, los carroñeros siempre dispuestos a rematar a las piezas mayores caídas en desgracia...

Y la batalla en el espacio continuaba, cruel e implacable, observada quizá con interés o tal vez aburrimiento por Caremún, aquel gran ojo marrón y gris.



Capítulo 32

—Avistaremos nuestro objetivo en tres atulmes, capitán —dijo Lupar.

Su caza había penetrado hacia menos de cinco en Caremún. Atravesó los bancos nubosos que cubrían el planeta y se introdujo, junto a ocho escuadrillas de caza más, dos cruceros y diez destructores, en el seno de una mañana fría y oscura, durante la cual los rayos de Uram apenas podían cruzar la cubierta gaseosa que envolvía al orbe.

Su grupo era uno de los muchos cientos que se introdujeron por diferentes puntos de la atmósfera planetaria. Tenían su objetivo asignado, conocían las órdenes. No debía haber errores, cada piloto comprendía que en el espacio sus compañeros del Cinturón Exterior estaban luchando y muriendo para permitirles a ellos hacer su trabajo.

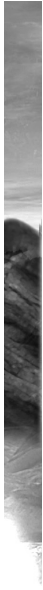
—Hay una flota en Borga —dijo el capitán Sobroc, líder de la escuadrilla de la que formaba parte Lupar—. Apenas diez suacriles y doscientos sargores. Preparaos: según los informes que me llegan de nuestros destructores, van a tratar de interceptarnos en dos atulmes.

—Están locos, capitán —gruñó Lupar, sonriendo con fiereza—. Les haremos trizas.

—No os confiéis. Me llegan más órdenes. Los batallones de cazadores nos destacaremos del grupo principal y saldremos al paso de esa flota.

—Les aniquilaremos —prometió un joven piloto al que Lupar apenas conocía.

Los destructores de aquel grupo de ataque sobrevolaban continentes de acero, países de metal y provincias de plástico. Todo el suelo de aquella demarcación caremúnea, llamada Borga, estaba cubierto por una red de fábricas y refinerías. Sus gigantescas chimeneas se alzaban a cientos de subas de altura y expulsaban sin descanso un humo espeso y negruzco hacia los cielos tenebrosos. Conductos que repartían combus-



tible surcaban los edificios cuadrículados, de color rojizo y negro, como gusanos colosales. Los complejos dedicados a la fundición brillaban a causa de sus pozos, que contenían lagos de metales rodeados de un fulgor amarillo y escarlata.

Podían verse, abajo, los vehículos articulados con forma de araña, que ascendían y descendían sobre las fachadas, llevando sus cargas, moviéndose sobre sus ocho patas afiladas, de decenas de subas de altura. También había vehículos flotadores, toscos, feos y oscuros, que huían de manera apresurada al descubrir la nube de invasores.

Los destructores comenzaron a disponerse en una gran línea paralela que sobrevolaba Borga. En ella se entremezclaban los dorados de la Liga y los negros del Imperio. Apuntaron sus cañones más potentes hacia el suelo, en ángulo. No dispararían sobre cualquier objetivo: tenían elegidos los centros de control y de abastecimiento, los núcleos de la demarcación que les habían asignado arrasar. Eliminarían aquellos puntos de suma importancia y la producción borgana quedaría paralizada de manera irreversible, durante mucho tiempo.

La línea de destructores se acercaba ya a su blanco: una fuente de abastecimiento cargada de millones de ures de combustible líquido. Aquel complejo estaba compuesto por incontables depósitos esféricos, alzados sobre patas de metal. Un nido de tubos, conductos y caños culebreaba entre ellos, llevando el combustible hacia los diferentes puntos que se nutrían del abastecimiento. En el centro de aquel conjunto se levantaba un edificio cuadrado, dotado de defensas antiaéreas. Contenía la masa de computadoras que regían el envío del combustible a cada parte de Borga. Acabar con aquel cerebro integrador de datos y órdenes equivaldría a dejar sin vida amplias porciones borganas. El grosor del bloque haría inútiles los rayos de los monoplazas e incluso cruceros.

Pero sus constructores jamás imaginaron que algún luabara sufriría el azote de una flota de destructores, con sus sistemas de ataque operando a nivel máximo.

Desde los cañones de la panza, las grandes naves escupieron su muerte roja y brillante. Sin descanso. Los rayos alcanzaron la zona de los depósitos y sus conductos y levantaron un bosque de llamaradas entre las que volaban carcasas de hierro que al instante se fundían. Caremún poseía una atmósfera capaz de transmitir el sonido, así que el rugido de aquella devastación se tornó insoportable y creció aún más, hasta devenir un silencio absoluto que engullía cualquier otro ruido. La tierra tembló

y se abrió en surtidores ígneos que alcanzaban alturas pavorosas. Los conductos que transportaban combustible estallaban, saltaban en chorros de fuego líquido, las llamas los devoraban con avidez, avanzando entre convulsiones.

Como agricultores en un campo de muerte, los destructores volaban siempre en línea, lanzando sin cesar sus rayos, sembrando el país de Borga con una devastación sin precedentes. El brillo cegador de las explosiones se expandía de manera circular, llamas aún más poderosas desplazaban y arrasaban a otras de menor tamaño, pedazos de terreno volaban a medida que la destrucción alcanzaba los depósitos subterráneos. Los flotadores huían despavoridos, los transportes arácnidos trataban de escapar, moviendo sus patas de acero de forma casi histérica, pero una ola gigante de fuego les perseguía, calentaba el aire y lo hacía vibrar un ulme antes de engullirlos y transformarlos en pasta incandescente.

Las baterías del edificio central se levantaron. Algunas dispararon, una acción inútil, infantil. Decenas de flotadores y transportes volantes salían en tropel por sus compuertas, intentando escapar de la muerte.

La ola de fuego, blanca, amarilla y azul, se cernió durante un instante sobre el bloque. Lo golpeó, como la marea al rompeolas. Las llamaradas penetraron por las compuertas abiertas y se comieron a los que no habían podido alejarse a tiempo.

Sin embargo, aún lamido por las flamas y atacado por la lluvia de metralla medio fundida, el edificio aguantó.

Los destructores movieron entonces sus baterías para convertirlo en blanco. Las espadas brillantes cayeron en la cúspide plana y la atravesaron por más de diez puntos, haciendo volar por doquier la fibra y el metal. Los lasers atravesaron niveles y más niveles, suelos y techos se abrían y doblaban y retorcían, los cristales saltaban en pedazos, los plásticos pasaban a ser una cascada casi líquida que estallaba y saltaba en todas direcciones. Los ordenadores, todo el soporte físico del sistema de control de suministros de Borga, quedó convertido en una amasijo informe. Los puntales, las vigas, las superestructuras, se partieron o doblaron o desaparecieron. Los niveles subterráneos también sufrieron el mordisco del rayo: la tierra y la piedra y el asfalto se mezclaban en una riada que llenaba los pasillos, un instante antes de que todo acabara por derrumbarse, como un gigante al que le hubiesen cortado las piernas.

El bloque estaba cubierto por una masa de humo negro y espeso sobre cuya piel brillaban incontables incendios y destellaban las explosiones, semejantes a racimos de frutas amarillentas y azuladas.

Los destructores dejaron de disparar. El objetivo había sido destruido. Había muchos más como ése en Borga, así que aceleraron, alejándose de una devastación como nunca había conocido Caremún. Una aniquilación que se repetía en todos sus países y continentes a medida que cada flota invasora cumplía con su cometido.

Lejos de allí, a más de dos sanasubas de distancia, los batallones de cazas ya se desplazaban en línea recta, sobrevolando zonas todavía incólumes de un planeta infestado de complejos fabriles.

—Escuadrilla, tendremos a la flota borgana a la vista en diez ulmes —avisó el capitán Sobroc—. Recordad lo que mueve a nuestra raza.

—¡Voluntad de vencer! —contestaron sus subordinados, Lupar entre ellos. Aquélla era la voz de guerra en casi todo el Imperio e incluso muchos dauares pintaban el lema sobre el fuselaje de sus naves.

Ya podían divisarlos a través de la claridad fría y débil que impregnaba la mañana caremúnea. Eran cientos de sargores, puntos oscuros entre los cuales flotaban unos pocos suacriles, más voluminosos.

—Disparad —ordenaron los jefes de cada escuadrilla.

Los cruceros y los cazas de la Liga y dauares obedecieron, mientras a su vez se abrían, creando grandes huecos, para esquivar los rayos que les lanzaban los enemigos. Las dos masas armadas se acercaron hasta mezclarse en una muchedumbre vertiginosa, rodeada por una red de líneas de color escarlata brillante.

Lupar vio el mundo girar a través de su cabina. El cielo subió y de nuevo se encontraba orientado hacia el suelo cubierto por edificios y conductos. Aquí y allá descubría estrías de fuego y humo, cazas derribados que acababan convertidos en flores ígneas cuando se estrellaban contra la tierra. Lupar se arrojó sobre un cúmulo de sargores y disparó, atravesando a uno y convirtiéndolo en chatarra. Dobló en un ángulo pronunciado para esquivar las descargas de los otros rivales y por las imágenes que traían las cámaras de popa apreció que uno de los antagonistas se abría hacia el cielo, salpicando chispas cuando el láser de un caza de la Liga le hirió. Lupar siguió doblando, pasando a apenas subas de una cortina de rayos que lanzaba un suacril. Las lanzas impactaban en el fondo y abrían surcos llameantes sobre los edificios y las tuberías.

Lupar emprendió la persecución de un sargor y lo alcanzó, provocando que la nave uracsana girara sobre sí misma, en una trayectoria caótica que empotró sus restos sobre una muralla de cemento. Tenía ahora a tres cazas en la cola e hizo descender la nave hasta serpentear entre gigantescas torres de extracción de minerales. Los rayos las segaban y enviaban contra el fondo, provocando el aplastamiento y desplome de factorías y plantas de producción. Lupar giró en torno a una de aquellas gruesas atalayas que el láser desgarraba y al volver apretó con furia el botón de disparo. Alcanzó a un enemigo y el sargor bajó hasta una explanada de cemento, sobre la que rebotó dos veces antes de volar en pedazos. Los otros sargores fueron ahuyentados por un crucero de la Liga, curvilíneo y amarillo, cuyas baterías no cesaban de escupir. A su vez, la sombra de una Madre de Guerra pasó sobre el crucero y éste resultó acribillado por más de treinta rayos, arrancándole las alas y la proa y provocando una explosión de los motores de popa. La nave llameante bajó girando sobre sí misma y con un estruendo ensordecedor llegó al pavimento, abriéndolo y atravesándolo, levantando sus placas como si fueran olas de solidez resquebrajada. Quedó así clavada hasta medio cuerpo, chorreando llamas y humo; empezó a declinar de manera lenta y al fin cayó, provocando una sinfonía infernal de crujidos, chirridos y trallazos.

Lupar continuaba peleando en el seno de aquella locura. Su vista experimentada tomaba retazos de aquí y de allá, tanto del exterior como de los hologramas fugaces en la cabina. La batalla aérea, que incumbía muchos sanasubas cuadrados, se veía recorrida por decenas y decenas de trazos negros, rectos o curvos, algunos incluso dibujando bucles caprichosos. Siempre aparecían más, a medida que las naves iban siendo alcanzadas y se precipitaban hacia el fondo. El suelo estaba salpicado de nubes gruesas, de llamaradas y explosiones brillantes, de edificios derrumbados por el peso de los monoplazas caídos. Uno de los suacriles uracsanos había sido derribado y el aparato titánico yacía en el fondo de un cráter, bajo las ruinas de una decena de edificios aplastados. Aún se sucedían las explosiones en su seno y el humo casi envolvía por completo el cadáver de metal, vistiéndolo de luto.

Lupar interpretaba a cada instante todo este caos visual, a pesar de que seguía matando y esquivando a la muerte. El zumbido de sus propios motores se mezclaba con el rugido de los ajenos y el tronar de los estallidos. Comprendía que estaban ganando estaba batalla. Los enemigos se mostraban valerosos, incluso temerarios, como era costumbre

entre los dures. Pero su inferioridad numérica sólo podía conducirles a la derrota.

Aún así, todavía quedaba mucho por hacer. Se unió a dos cazas de la Liga y uno dauar en la persecución de dos sargores. Las naves uracsanas intentaron escapar de la lluvia de rayos, pero todo resultó inútil y al fin llegaron hasta el fondo girando y chirriando y soltando chispas, incrustándose contra las paredes de cemento y metal.

Lupar ascendió más de cien subas, notando el tirón que hundía su espalda en el asiento, hacia un punto caliente de la batalla moribunda. Un suacril humeaba, hendido en más de veinte puntos. Sus hijos sargores lo defendían de los codiciosos enemigos que barrían la proa, la popa y los costados del destructor del Enjambre. Un crucero de la Liga dirigió toda la potencia de sus baterías contra la panza y la abrió hacia dentro, entre lenguas amarillentas y cataratas de chispas. Lupar subió rodeando el casco, abriendo un surco en él con sus lasers. Un sargor apareció de algún lugar y hubo de hacer girar el caza sobre sí mismo, acelerando para huir. El mundo dio la vuelta en torno a él, enloquecido. Vio los rayos enemigos pasar a pocos subas de su proa y perderse en la lejanía. Por los hologramas de las cámaras traseras distinguió la explosión del enemigo, alcanzado por una nave dauar.

Lupar se encontraba cerca de la popa del suacril cuando varios cruceros concentraron su fuego en las toberas posteriores de la Madre de Guerra, que al fin estalló, alcanzados sus motores de impulsión y antigravedad. Lupar no había tenido tiempo de alejarse y la onda expansiva golpeó su caza, convirtiéndolo en un muñeco roto. El calor y después las llamas y la lluvia de metralla también lo alcanzaron. Lupar aulló cuando sintió que todo a su alrededor se convertía en un infierno ardiente. Le pareció que estaba siendo quemado vivo y vio el cristal de la cabina astillarse y saltar en miles de fragmentos. Un viento atroz penetró en la cabina, golpeándole y zarandeándole, tratando de arrancarlo del respaldo. Pero la armadura le había librado de la muerte y los cintos que le ataban a la silla impedían que saliera despedido por los aires. Mascullando, gruñendo, intentó de nuevo recobrar el control del aparato, pero ya los mandos no respondían. Luces rojas e intermitentes, pitidos de alarma, hologramas apareciendo y desapareciendo. Y un universo vertiginoso que no cesaba de girar y girar y girar.

Lupar apretó el botón de impulsión de la silla y salió proyectado de la carcasa llameante en que se había convertido su monoplaza.

Accionó los sistemas de la silla. El pequeño motor antigravedad empezó a funcionar, llevándole de manera lenta y progresiva hacia el fondo rojizo y metálico. Lupar ordenó a su armadura indicarle la posición. El corazón le dio un vuelco cuando fue informado de que estaba a más de cien sanasubas de la batalla. La onda explosiva del suacril destruido, y tal vez alguna impulsión de sus propios motores, lo habían enviado, girando sobre sí mismo y a una velocidad asombrosa, hasta una parte del país demasiado alejada de cualquier nave dauar o de la Liga.

Lupar miró hacia abajo. Veía acercarse con lentitud los tejados de las fábricas, las avenidas solitarias de cemento, las torres de plástico, las chimeneas. Tras aterrizar, el combustible de la silla se habría agotado y ya no podría volar o elevarse más que por sus propios medios. Iba a caer en un entorno hostil y desconocido, a miles y miles de sanasubas de cualquier compañero. Llevó una mano hacia la pistola enfundada, de manera instintiva, y se maldijo por su mala suerte.

El suelo seguía acercándose de manera lenta e inexorable.